

HOMENAJE A VICTORIO MACHO

Excmas. autoridades, señores Académicos,
Señoras y Señores:

Glosar a un maestro universal, a un amigo entrañable, a un toledano de vocación, es una tarea difícil pero siempre apasionada. Un hombre que conocimos en profundidad, y que convivió con muchos de nosotros en el ambiente de Toledo. Personaje andariego, inquieto, peregrino de todas las sendas de la geografía española y cansado de los horizontes americanos, que un buen día se nos instaló en uno de los rincones más legendarios de nuestra ciudad. Os hablo de un hombre: Victorio Macho. De un lugar: Roca Tarpaya.

Su hondura racial, su dimensión mundial, su fama extraordinaria y trascendente es tan grande, que si no fuera por la decadencia de la época que atravesamos, la Roca Tarpeta tendría que ser un Santuario, una meta, para todos los amantes de la escultura de hoy y de mañana.

Yo conocí a Victorio Macho, en un momento decisivo para mi vida de artista. Fue allá por los lejanos años de mil novecientos veinticinco al veintiséis, cuando yo era un chiquillo lleno de ilusiones e imaginación. Todo me parecía mágico y sorprendente. Acababa de llegar de Urda con mis ojos ingenuos, abiertos de par en par, ávidos y sedientos de Arte. Es pues lógico que el encuentro quedara ligado a mi alma y mi memoria.

Subíamos por la estrecha calle del Angel, mi profesor y yo cuando nos encontramos con una figura enlutada, cubierta su cabeza por un enorme sombrero de ala ancha, y en la mano derecha un grueso garrote. Ante aquel personaje, el inolvidable Tomás Gimena se detuvo, le miró y exclamó: "Pero Victorio, ¿qué haces por aquí?"

El hombre de negro contestó: "Gimena, aquí estoy. Ya sabes que cuando puedo me escapo de Madrid para refugiarme en la sombra de los siglos". A continuación entablaron un breve diálogo recordando sus andanzas en la escuela de Bellas Artes de Madrid, donde habían sido condiscípulos. Gimena me presentó, y al despedirnos estreché la mano fuerte y generosa, dura y viril de aquel hombre misterioso. Por mi cuerpo corrió un escalofrío. Los días

siguientes tendría ocasión de profundizar en su amistad, al servirle en algunos momentos de lazarillo por las callejuelas toledanas.

Al tiempo que descubríamos los embrujos de Toledo, visitábamos el mundillo artístico del momento, así tuvimos ocasión de charlar varias veces con Enrique Vera, y con el olvidado Domech, aquel pintor cubano que tanto reflejó Toledo en sus lienzos y que por aquel entonces terminaba de construirse una casa-estudio más arriba de la iglesia de San Lucas, donde hacíamos tertulias. Allí posó Victorio para un retrato que éste le pintó, con fondo del puente de San Martín que tanto le gustaba a nuestro escultor.

En el mismo estudio conocí parte de la obra de Victorio, pues éste le había regalado un pequeño boceto en escayola de la madre, y de la mascarilla del hermano Marcelo.

Una noche cuando salíamos del estudio, al llegar a la recoleta plaza del convento de san Juan de la Penitencia, nos paramos para observar una de las vistas más originales del Toledo histórico. Toda esa vaguada que baja desde la Catedral hasta el Barco, recortándose desde los cerros del Valle las viejas casas de la Cruz Verde, con toda la crestería de la calle del Plegadero hasta llegar a la iglesia de san Andrés. Nos deslizábamos por las callejas de la Prensa, pasando por la portería del convento de las Benitas, adentrándonos en el callejón de los Muertos, donde los tejados casi se juntan de un lado a otro. Recuerdo perfectamente que en el zig-zag de este misterioso callejón, le gustaba a Victorio empinarse para tocar con sus manos, un ángel gótico que estaba empotrado en el rincón de la pared, el que llamaba "el Angel del silencio". Siempre que venía a Toledo, iba a saludarle.

Después seguíamos por la honda calle del Barco para desembocar en la plaza irregular del Colegio de Infantes, donde hacíamos otra parada para contemplar una de las más bellas y originales portadas del más puro Renacimiento español.

Esta portada es la que está adosada al caserón de los Infantes, con qué gracia y preparación están tratados todos los detalles de esta colosal portada. Cómo se descuelgan las estiradas formas de estas sencillas cariátides que enmarcan los dos laterales de la puerta. Cómo se corona toda la parte alta con la circunferencia del cornisamento, donde una hermosa matrona ostenta entre sus brazos a su hijo. Bella estampa que se nos perdía entre la luz y las sombras de la noche toledana. Después, nos poníamos en marcha y en el

constante deambular nos perdíamos por las sombras del estrecho callejón de Cepeda, tan lleno de encanto y de tradiciones. Subimos la empinada cuesta de los Escalones hasta dar alcance a la embrujada calle del Plegadero, con tantos altos y bajos, y desde donde se contempla toda la geometría quebrada de los tejados que forman la gran vaguada, donde casi se toca la alta flecha de la alta torre de la catedral. También desde este mismo sitio vemos como la mole del Alcázar adquiere unas dimensiones colosales y se hace más fantasmal en las sombras de la noche.

En algunos momentos también gustábamos de pararnos a escuchar el cántico espiritual que formaban las campanas de las iglesias y conventos. ¡Cuántas cosas decían en aquellas horas de la noche, los sonidos lastimeros que no sabíamos si eran de plegaria o de oración! Mas si la noche era de luna grande mirábamos como pasaban las nubes en tropel, unas veces grises, otras veces pardas como la plata recién bruñida, produciendo sombras y luces sobre los tejados muertos de nuestro Toledo.

Así aprendí a perderme por el embrujo del Toledo de entonces, y que tanto ha influido después en mi manera de hacer y de pensar.

La residencia de Victorio Macho en aquellos tiempos eran unas habitaciones que hoy ocupa el ceramista Sr. Aguado en las Calandrijas, frente a San Juan de los Reyes. Por lo tanto, yo le acompañaba por las calles de las Bulas hasta el cerro de la Virgen de Gracia, donde nos despedíamos.

Después de este preámbulo pasamos a otra nueva etapa de su vida separada por muchos años. En estos años ocurrieron tantas cosas. . .

Victorio Macho abrió como las águilas sus alas grandes, miró al sol, y voló buscando otros horizontes, y recorrió las Américas, y siguió la lucha contra la piedra y contra el bronce. Ya en Lima se convirtió en un museo temporal para su obra. Y en aquel remanso, su imaginación creadora concibe grandes monumentos y sigue las ásperas rutas de aquellos conquistadores paisanos nuestros.

Todo un abismo le separaba de la áspera meseta castellana, de las tierras rojizas de pan llevar de la Sagra, y de las murallas grises del círculo toledano; la nostalgia hace que un buen día, escriba a sus amigos de Toledo. Quiere volver, y quiere arraigarse en la sublime cumbre del monte, y encarga que le gestionen una casa para poder traer su obra.

Hubo suerte. En el corazón del barrio judío, en un rincón recoleto junto a las casas del marqués de Villena, donde otro genio con sus pinceles pintó en angustioso diálogo con Dios y con tremendas ráfagas espirituales, las llamaradas divinas del esfuerzo humano.

Allí en un roca que cabalga sobre el abismo del Tajo, con los cerros ásperos de la Cabeza por frente y la gran zancada del puente de San Martín por fondo; allí establecería su morada, su refugio, su hogar. Y el abrigo de pocas y selectas amistades toledanas.

* * *

Reflexionemos un poco. Pensemos porqué las almas humanas son tan diferentes en la vida del hombre y nos preguntaremos, ¿porqué las hay tan ricas de espíritu y tan pobres que apenas lo tienen?

La respuesta es muy clara. Todos los grandes de espíritu son siempre los que se imponen, y vuelan buscando las alturas. En cambio los pobres de espíritu, son los que se conforman con la tranquilidad que les da lo cotidiano de la vida.

Nuestro Toledo es original hasta para eso. Con sólo echar un vistazo atrás nos daremos cuenta de cómo las almas han venido buscando las alturas de este aprestado montículo sostenido por las poéticas siete colinas toledanas.

Así, de esta misma forma nos vinieron almas de la categoría de Urabayen, Arredondo, Marañón, Matías Moreno, el Greco, y tantas otras que dejamos de mencionar.

* * *

Permitidme que insista en un concepto que ya me lo habréis oído. Que repita con insistencia lo que tantas veces he dicho.

Toledo tiene una puerta de entrada que da acceso al laberinto. Una puerta por donde hemos entrado muchos. Una puerta que los toledanos no conocen, la puerta que nos conduce al Toledo de los sueños, donde los tuétanos se funden con las piedras multiseculares, donde el alma se recrea, goza y sufre con la identificación del suelo que pisas y con las ansias de belleza que se lleva dentro. Donde se siente hasta la desesperación. Una vez que el gancho, la cadena, el embrujo de Toledo que ha cernido sobre tí, cuando la

tela de araña te ha envuelto no puedes salir de ella. La puerta de Toledo tiene entrada pero no tiene salida. Tiene un equilibrio de profundidad limitada, que te posee, que te magnetiza, que se hace dueña del más fuerte, porque el garabato de estas viejas y desvenecijadas murallas toledanas te aprisionan como aprisionaron a hombres de tanta categoría, y sesgan el caminar por la vida al llegar a esta encrucijada, de tal forma, que a Victorio Macho le ocurrió lo mismo que a tantos que aquí consumieron sus días y se identificaron y quedaron vencidos y convencidos por la personalidad de nuestro Toledo.

* * *

Eran los primeros días de marzo de 1952, cuando llega lleno de ilusiones para un futuro y de recuerdos para un pasado. Se establece mirando al abismo en la roca Tarpeya.

Es imposible, ni con la palabra, ni con la letra, describir el momento; sus exclamaciones, sus admiraciones, su gozo y su contento. Era el sueño de toda una vida. El sueño de su juventud, el sueño de cuando vivía solitario sobre los bancos del paseo de Recoletos o de aquellos otros cuando regresaba vencido y casi diría desvalido a la frialdad del estudio de "Las Vistillas", de Madrid. "Los años han sido tan fugaces, estoy viejo y quiero descansar", repetía incansablemente mientras bebía con sus ojos en la cinta de plata del río que subía hacia los molinos de Daicán, o pasaba apretujado bajo el arco apuntado del puente de San Martín. "Me encuentro tan a gusto en este balcón toledano, que nada, ni nadie, me moverá de aquí. De aquí al paraíso solo hay dos palmos". Yo le he visto con la maceta en una mano y la gradina en la otra, pasear a grandes zancadas por su estudio mientras labraba el monumento a su paisano Berruguete.

"Loco, hay que estar loco por España, y embrujado por Toledo para hacer lo que yo he hecho. Tenía todo cuanto apetecía en Lima, el triunfo, la fama y los honores. Todo cuanto había soñado y mucho más", me decía. Pero en el último repliegue de su alma, un día como en una visión del apocalipsis, siente una voz fuerte y potente que le gritó en su interior: ¡vuelve!"

Y ese día embaló toda su obra, y acompañado de Zoilita, su mujer, cruzó el océano. Fue toda una aventura de la que nunca se olvidaba.

Otras veces, mirando a lo lejos, cuando aquellos ojos escrutadores se perdían por entre los viejos albaricoqueros de los cigarrales, en el ocaso único del sol que se escondía detrás de la Bastida, me contaba: "cuando pisé la tierra sagrada de España me postré de rodillas y besé el suelo, como sólo había besado a mi madre. Y me sentí con esa felicidad sin límites; enterré a mis muertos que traía de allá, y las sombras y los fantasmas se apagaron. Y concentrado en mi interior llegué al Toledo que desde los dieciséis años había soñado vivir.

Y en esta casa de la Roca Tarpeya, rodeado de mis bronce, mis mármoles, mis dibujos y mis ilusiones, en compañía de mi mujer y de pocos pero selectos amigos, he pasado muy buenos ratos".

Y en sus últimos momentos, todavía tuvo alientos para poder derramar su arte, y extender la semilla de su espíritu creador, como un artista del Renacimiento italiano.

Cuando veía el final de sus días, sintió el roce del aliento frío que colaba dentro de su cuerpo, y constantemente repetía: "soy el más humilde discípulo del Supremo Creador. . ."

Como el Greco, como tantos otros, su vida fue un diálogo pleno de luces y de crepúsculo, siempre con la sencillez del creyente. Decía: "el verdadero arte es humilde y ardiente plegaria que nos eleva hacia Dios. El nos inspira y por eso le presentimos. La obra terrenal es un intento de acercamiento a la belleza suprema. Mientras mi puntero muerde la piedra presento a Dios, y me acerco a El. Dios es el máximo artista y supremo creador. Bienaventurado aquél que sea digno de llamarse su discípulo, porque su arte no morirá".

Esas fueron algunas de sus últimas palabras. Ese fue su testamento espiritual. Y ese fue su último pensamiento. Porque pocas horas después entraba en una tranquila agonía. Era el 13 de julio de 1966, cuando entrega su alma a Dios. Aquel Dios que él consideraba su maestro. Aquel modelo supremo de su quehacer y de su grandeza. . .

Mientras allá arriba, en el interior de la Roca Tarpeya, todas las figuras que él creara con su capacidad de maestro, se agrupaban en formas de aquellarre, entonando un himno espiritual, un himno que se eleva en líneas espirales sobre la pendiente que se alza sobre el río, donde su nombre quedará vagando por la eternidad.

Así se nos fue el amigo, el artista, el creador, sin que aquella tarde doblaran las campanas en nuestra atormentada Toledo.



QUINTO MALACON

4-86